

Orlando Fals Borda & Eduardo Umaña Luna

## Ante la patología del país Unción reconstructora de valores originarios\*

por Orlando Fals Borda, Fundación Nueva República, Bogotá.

Agradezco de todo corazón la presencia de todos y todas ustedes en esta ocasión tan importante para Eduardo Umaña Luna y para mí así como para nuestras familias, Cheli y María Cristina, al tiempo que recordamos la del finado colega monseñor Germán Guzmán Campos, a quien con cariño molestábamos como Camarero Secreto del Papa y quien, por lo mismo, nos debe estar celebrando en el cielo cantando con su guitarra nuestra guabina principal, "Pueblito viejo".

Que un libro tan polémico haya sobrevivido cuarenta años no ocurre todos los días, y la reedición de Taurus viene en un momento especialísimo de crisis en la historia nacional. Triste es reconocerlo, pero la Violencia que nos congregó para su estudio y resolución, no ha terminado. Es posible entonces que el libro nuestro de 1962 pueda volver a cumplir, por lo menos, su implícita función de denuncia. Vamos a ver si ahora se le hace más caso que cuando apareció primero.

Ahora, al reanudarse el reto político e intelectual sobre el tema, quiero reconocer el esfuerzo hecho por la Editorial Taurus, en especial por la doctora María del Pilar Reyes y sus gentiles colaboradoras, quienes también organizaron de manera excelente la promoción de este acto y del libro. Vemos bastantes colegas del mundo de los libros con quienes ha sido un placer para nosotros trabajar conjuntamente en otras aventuras. Y apreciamos altamente el honor de contar con el profesor Leopoldo Múnera, ex vicerrector de la Universidad Nacional de Colombia e intelectual de la mayor dimensión nacional, como coordinador del acto.

Seguramente habrá mucho de qué hablar y recordar esta noche, y debe haber espacio para todos. De mi parte contribuiré con extractos del nuevo prólogo evaluativo de nuestra Violencia desde los años de 1930, que escribí por obligante invitación de los editores. Eduardo Umaña ofrece nuevas ideas sobre la etiología de la violencia.



En el nuevo prólogo hay dos tesis centrales generales:

La primera tesis interpreta a la llamada "Violencia" como el resultado de una política destructiva del entorno y del tejido social, diseñada e impulsada conscientemente por una oligarquía que se ha querido perpetuar en el poder a toda costa, desatando el terror y la guerra.

La segunda tesis sostiene que este proceso de patología social se viene repitiendo en ciclos más o menos acompasados, en los que sólo se cambia el nombre del actor violento, directo o inspirador, por el del nuevo actor. De esta manera, el presidente Ospina Pérez impartió la consigna de "a sangre y fuego" y soltó como sus perros de presa a los llamados "pájaros"; Laureano Gómez contó igualmente con sus policías "chulavitas"; a Turbay Ayala no le faltaron sus torturadores amaestrados; y Uribe Vélez ha marchado con las Convivires y los paramilitares.

Ocurre también que las técnicas de tortura y asesinato se han ido refinando, pasando del machete a la motosierra, por ejemplo. De esta manera se ha institucionalizado un culto tenebroso a la muerte, a la tanatomanía, como política de Estado y como práctica de los sucesivos gobiernos bipartidistas.

En el prólogo nuevo presento también una tesis subsidiaria para sostener que hay abundancia de estudios y de recomendaciones para corregir la Violencia múltiple en que la primera se ha convertido; digo que los análisis se van repitiendo y produciendo una cierta fatiga. En el prólogo cito trece de tales estudios, todos ciertamente interesantes y bien concebidos. Sin embargo, creo que hay que declarar la "suficiente ilustración" y traducir a la práctica concreta, en regiones y poblados específicos, las medidas adecuadas que, en general, son bien conocidas, así resulten dolorosas para determinados intereses.

Con base en estos estudios, cualquier observador juicioso puede deducir que somos una sociedad que ha perdido el rumbo, agrietada en sus estructuras e instituciones, peligrosamente olvidadiza y negligente de tradiciones vitales. Ni siquiera el respiro posible del Frente Nacional sirvió para evitar que Colombia "la Bella" se convirtiera en un infierno vivo, en un mundo descompuesto y harapiento, listo también a estallar en las ciudades con los desplazados por la guerra y la miseria, las víctimas muchas veces inocentes de los conflictos, los indigentes y hasta los reinsertados desocupados y desilusionados. Sucesivas generaciones de matones y sicarios amparados desde el mismo Establecimiento, hicieron de las suyas con la culpable protección encubierta del Estado tanatómico.

Lo extraño y lo admirable de estos años fatales de gobiernos oligárquicos sin entrañas, es que la población mayoritaria colombiana los haya soportado respondiendo y alcanzando a veces importantes victorias. Se ha conformado en el pueblo del común un *ethos* de resistencia, con características de rebusque y de protesta civil que han desplazado a las anteriores cosmovisiones ligadas a la sacralidad pasiva y a la señorial estructura de castas que provienen de la época colonial y de la primera República.

La resistencia popular, con variantes como la dejadez costeña y la melancolía indígena, tiene sus raíces en grupos originarios o antiguos que fueron conformando nuestra nacionalidad. Incluyo a los indígenas, los negros cimarrones, los

\* Texto leído en el lanzamiento de *La violencia en Colombia*, durante la Feria del Libro de Bogotá, el 28 de abril de 2005.

campesinos pobres o payeses-artesanos hispanos, y los colonos de la frontera agrícola, a quienes las autoridades muchas veces han visto con desprecio, como gente díscola, anarquista o pecaminosa. Valores esenciales como la cooperación, la libertad, la dignidad y la autonomía, tan fuertes aún en esas gentes del común y de las viejas provincias, constituyen el escudo de defensa anímica profunda que ha permitido que Colombia sobreviva como nación, a pesar de decisiones y crímenes disolventes de la clase dirigente.

En mi opinión, el *ethos* de resistencia tiene un pegante socialista autóctono o raizal no violento. Se sintió ya con fuerza en 1921 en Yucatán, expresado por dirigentes mayas al proclamar por primera y última vez su república soberana; y también en el Perú por Mariátegui y Arguedas en los años treinta. Hoy, una aspiración similar de retorno a los orígenes surge desde el sur del continente como una ola de transformación necesaria y urgente. Sin duda esta oleada llegará a Colombia para romper el actual aislamiento geopolítico negativo de nuestro país. Deberá ser bienvenida.

Ese *ethos* socialista de resistencia tan firmemente asentado en nuestros fundamentos etnoculturales como reinención propia, puede hacernos pensar en nuestra resurrección. Es posible todavía concebir una patria común viable, e incluso la sola patria extensa con nuestros vecinos que querían los Libertadores. Así podremos responder mejor a los embates que diariamente recibimos y sufrimos de países avanzados irrespetuosos, de empresas multinacionales abusivas y de doctrinas perjudiciales para las mayorías productivas, como las del neoliberalismo que, de manera increíble, aunque disimuladas por la vergüenza, siguen campantes todavía entre nosotros por la voluntad tiránica y entreguista de la clase minoritaria consular.

El fomento de una renovada cosmovisión endógena, afincada en nuestra realidad tropical, pluriétnica y multicultural, se acerca al paradigma alterno, abierto y práctico sobre la sociedad colombiana del futuro. Es indispensable para orientar e impulsar bien la etapa práctica que nos saque del laberinto de la descomposición estructural y del deterioro personal a que nos han llevado nuestros dirigentes. ¡Suficiente con la laya de caudillos que hemos tenido!

El libro sobre la Violencia lo escribimos los tres autores inspirados en el mejor de los motivos: que contribuyera a la paz, animara a la justicia social y económica, y al buen trato y el altruismo entre los colombianos mediante la comprensión real y objetiva de los factores intervinientes. Sin embargo, debo declarar que además de perseguidos e insultados, nos sentimos frustrados con los resultados.

Esperamos demasiado con la publicación del libro.

Por supuesto, hubo gestos de respaldo inolvidables, como el *Ensayo sobre la Violencia* especialmente escrito por el ex canciller doctor Luis López de Mesa, y el informe secreto del entonces coronel Álvaro Valencia Tovar, cuyo descubrimiento y feroz discusión en el Senado de la República produjo un escalofrío por un posible golpe de Estado contra el presidente Guillermo León Valencia. Hubo también la valiente reproducción de nuestro libro por la Editorial Tercer Mundo, entonces dirigida por el doctor Belisario Betancur, que fue tan malinterpretada por sus copartidarios, que éstos lo castigaron haciéndolo renunciar al Ministerio del Trabajo, en esos días. Aunque *post facto*, advierto que gestos de apertura y tolerancia como éste, que hoy recuerdo, fueron los que le abrieron las puertas del Palacio Presidencial al doctor Betancur más adelante.

De todos modos, hubiéramos querido una superior dosis de inteligencia y patriotismo en los dirigentes; más compasión y comprensión en las Iglesias; una mayor generosidad en los poderosos. La desilusión resultante me ha llevado ahora a cifrar aquellas esperanzas en una generación activa y sentipensante que he venido a apreciar en los nuevos movimientos de la izquierda democrática, personas bien preparadas, brillantes y atrevidas que no se asustan con el futuro ni se detienen en medias tintas. Pueda ser que los políticos contemporáneos de nueva estampa hagan más caso a esta poderosa carga de caballería intelectual que se prepara dentro y fuera de las universidades, más atención que la que nos dieron a nosotros los autores en la década de 1960.

Por eso espero que con el estudio y replanteamientos de esta edición de Taurus reviva la esperanza del cambio profundo para nuestro país. Tirios y troyanos nos han dicho que nuestra obra sigue viva y que aún tiene vigencia porque los problemas estructurales que dieron pábulo a la guerra no se han resuelto a fondo. Las clases dirigentes han tenido espinazo de gelatina y siempre le “buscaron el pierde” a los intentos realizados. De las páginas y horrendas fotografías del libro se pueden seguir aprendiendo lecciones, pero no como lo han hecho los violentos, sino para el sosiego social. Pero los nuevos movimientos, partidos y frentes sociales y políticos pueden derivar información fidedigna para luchar contra otros obstáculos insoportables como son: la oligarquía explotadora, el belicismo y la ubicuidad militar, las amenazas de dictablanda y el personalismo mediático y manipulador. En el libro también se refleja, con una anticipación de seis lustros, una clara defensa de la juridicidad y del

Estado social de derecho que prescribe la Constitución de 1991, nuestra primera Carta Magna realmente democrática, ahora atacada –¡oh sorpresa!– por mandatarios y viejos caudillos que, como aprendices de brujo, iniciaron y siguen impulsando la Violencia ya convertida en negocios e intereses bastardos.

Hace medio siglo le echaron candela al monte y hoy no la pueden apagar porque el conflicto que en primera instancia se azuzó como cosa de partido, prendió un anhelo de reformas elementales, como la agraria, la urbana y la territorial, sin la que ya no es posible conseguir la adhesión sincera del campesinado y sus congéneres, al orden económico y social. Aun así, todavía le echan combustible a la guerra, ahora rebautizada como “terrorismo” para estar sintonizados con el gobierno norteamericano, olvidando cincuenta años de sentirla y de llorar a un millón de muertos. El observador puede entonces preguntarse: ¿Seguirá la repetición de los fatales ciclos de violencia del pasado? Ojalá que no. ¿Podremos ver restaurados con seriedad en nuestro léxico común y en la conducta cotidiana valores esenciales como la honestidad, la sinceridad y la integridad? Ojalá que sí.

Apelar, pues, a los valores originarios formativos de nuestra nacionalidad y cultura y lanzarlos hacia el presente y el futuro como izquierda democrática con pegante socialista, me parece que va en la dirección correcta, para alimentar con toda credibilidad, el altruismo y la inclusión, las redes de solidaridad humana, la autonomía territorial y regional, la cooperación y la creatividad vital. Hay que enorgullecerse por este positivo capital histórico y natural de base del que todavía disponemos; pero tenemos que volver a civilizarnos, quizás dejando atrás los modelos de otros contextos por más avanzados o perfectos que parezcan, y desarrollar una mentalidad sin servilismo colonial con mejores actitudes de defensa de la vida, con una ideología a tono con necesidades éticas de reconstrucción y justicia.

Por eso, para despedirme, evoco la memoria de los ancestros y sus deidades anfibia, fiesteras y pacíficas, que aún reinan en nuestros ambientes. A ellas, y ante todo a ellas, podemos ahora entregarnos, si queremos llegar a la nueva era de progreso y paz y a la nueva sociedad. Ya ésta no parece ser la Nueva Jerusalén en su ensangrentado recinto, como algunos cristianos todavía quieren, ni ninguna mala copia de la vieja Europa socialdemócrata o del Norte americano fanático y ensimismado, porque las guerras contemporáneas, todas exógenas, no nos corresponden. Necesitamos que el severo Dios de Israel con la espada flamígera que nos trajeron desde el Mar

Mediterráneo –el mar de las eternas guerras punitivas todavía irresolutas–, que ese Dios, ya desarmado, se asesore de nuestros sencillos y accesibles mo- hanes, los del toque amigo y el abrazo fraterno, para que vuelvan a cantar con alegría y libertad los mochuelos de los Montes de María.

La “Generación de la Violencia” a la que tuve el infortunio, y también el privilegio y el reto de pertenecer –en formidable compañía, quiero reconocerlo–, está a punto de desaparecer. Con todo respeto

asumo su vocería para declarar que no queremos dejar nuestro legado tal como queda, tan incompleto, a la siguiente generación de colombianos. Recuérdennos como una antiélite luchadora que trató de estar a la altura histórica. El proceso de cambios aquí propuesto viene en parte de lo que intentamos, pero requiere de una mayor persistencia, de un mayor esfuerzo. Requiere una reconstrucción y un renacer plenos: el *Kaziyadu* de los uitos y, sobre todo, una más clara decisión y empuje para desalojar del poder a los

responsables de esta horrenda pesadilla de cincuenta años, y a desplazar, entre otros, a los reanimadores de la guerra y a los genuflexos adoradores de los imperios que nos atrofian.

Si nuestra obra ayuda en este empeño, les aseguramos Eduardo y yo, que les enviaremos bendiciones “episcopales” desde donde nos encontremos en la eternidad del cosmos.

*Orlando Fals Borda*

